

Hacia las grandes alamedas: Encontrar la manera de encontrarnos^{*}

RENATO GARÍN^{*}
UNIVERSIDAD DE CHILE

Resumen: El autor pretende esbozar nuevas líneas argumentativas sobre la reciente historia nacional. Junto con eso, intenta una fundamentación que permita reentender las ideas de reconciliación y transición que han recorrido los últimos 16 años de convivencia democrática.

A partir de lo que se ha dicho que pasó formula distintas maneras de entender lo que ha pasado. En base a eso, da énfasis a la política y a la historia como formas de dar sentido a un país que, según su visión, lo ha perdido.

Palabras clave: Historia de Chile, siglo XX; Dictadura de Pinochet, Gobierno Militar; Transición democrática.

Abstract: The writer pretends to sketch a new argumentum lines about the newly Chilean history. Furthermore, he try to found how to re-understand the ideas of reconciliation and political transition of the last 16 years of democratic live.

Since, ever since, about that said to happened formulated differents forms to understand it really happened in Chile. Later, he make use of the political and the history like forms of give sense to a country that, according to his vision, it be lost.

Keywords: History of Chile, 20th century; Pinochet's dictatorship, Military Government; Democratic transition.

Y así seguimos, luchando como barcos contra la corriente, atraídos insensatamente hacia el pasado.
F. Scott Fitzgerald, "El gran Gatsby"

^{*} Estoy en deuda con el profesor Alfredo Jocelyn-Holt ya que no sólo me formuló agudos comentarios al primer borrador de este ensayo - lo que me permitió identificar errores e insuficiencias en la argumentación- sino también porque sus columnas y libros han motivado buena parte de este artículo. Asimismo, agradezco los comentarios, sugerencias y estímulos de los profesores Sofía Correa Sutil, Raúl Núñez y Pablo Ruiz-Tagle. Agradezco a mis amigos de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile por largas conversaciones sobre los distintos temas que aquí trato y por su constante estímulo. Los errores, por supuesto, deben ser atribuidos a mí.

^{*} Estudiante de Derecho, Universidad de Chile.

Introducción

El historiador y filósofo italiano, Benedetto Croce, sostiene desde el título de su libro, *La historia como hazaña de la libertad*, que el pasado siempre es mirado e interrogado desde un tiempo ajeno, con preguntas que seguramente no son de la época, desde universos culturales o experiencias colectivas diferentes. Hacer historia para Croce es una declaración de libertad, decir que no estamos condenados a repetir eternamente lo mismo. Algo de eso agrega Moulian al decir que no es posible realizar el sueño empiricista de la historiografía como reproducción del pasado, ya que sólo puede aspirarse a la historiografía como reconstrucción, como comprensión de los valores que sostenían otro tipo de organizaciones sociales¹. No hay un pasado y formas de interpretarlo, la historia es una interpretación. Por ello, entender que a los historiadores en Chile les mueve fuertemente el ser persuasivos y proponer nuevas formas de interpretación da sentido a que una serie de proposiciones, desde el martes 11 de Septiembre de 1973, resulten insostenibles. A nadie le puede hacer fuerza una argumentación que sostenga que Chile es o fue una nación unida, que hayamos tenido una vida cívica apegada a la Constitución o que el poder militar haya estado siempre subordinado al poder civil. Todo esto porque estamos viviendo “el más turbulento período revolucionario de nuestra historia”² que “de golpe” nos abrió los ojos y nos llevó a observar todo con miradas distintas, sin esa inocencia que caracterizó a Chile durante 150 años. Lo lamentable es que paulatinamente hemos ido recobrando aquella inocencia, sumergiéndonos ya no en el “peso de la noche” del que hablaba Portales sino en el peso del consumo, olvidando el fomento de los valores que permiten la vida en sociedad.

Cabe preguntarse entonces ¿Cuándo se jodió Chile? Parafraseando a Vargas Llosa en su “Conversación en la Catedral”, ¿Cuándo fue que la Vía Chilena al Socialismo se transformó en la Vía Chilena al Neoliberalismo? En el fondo, ¿Cómo “las grandes alamedas” terminaron siendo las alamedas concesionadas? Nuestra ironía máxima parece ser que hemos logrado todo lo contrario a lo que alguna vez nos propusimos. Hemos llegado, para bien o para mal, justamente al lugar del cual escapábamos. Unos y otros, antagónicamente, se propusieron cambiarlo todo. Paradójicamente hoy todos parecen de acuerdo.

Desde el sobrevuelo de los Hawker Hunter por el nublado cielo de Santiago, el Chile de las fotografías en sepia es otro. Llevamos más de tres décadas teniendo que confrontar y sobrevivir el colapso de una forma de vida, de aquel “Antiguo Régimen”³ que con cuya caída sepultó el sentido de pertenencia y que nos hizo olvidar de dónde venimos y para dónde queríamos ir. Todo este proceso vuelve sobre un punto crucial y que sirve de común denominador en la historia nacional. Me refiero a que, casi sintomáticamente, un personaje encierra en sí mismo una serie de cambios y procesos, que decantan y que se enredan en él mismo, como eje, como referente obligado. Ocurrió con Portales, con Alessandri y, cual paroxismo, ocurre con Pinochet⁴.

La situación actual tiene mucho que ver con lo que dice Nietzsche con la voz de su Zaratustra:

*Todos hablan de mí cuando por la noche se reúnen en torno al fuego; pero nadie PIENSA en mí. Tal es el nuevo silencio que he descubierto: el murmullo que hacéis a mí alrededor tiene un velo sobre mis pensamientos*⁵.

¹ MOULIAN, Tomás. *La forja de las ilusiones: el sistema de partidos 1932-1973*. Santiago, 1993.

² La relación entre la reciente historia nacional y la Revolución Francesa en JOCELYN-HOLT, Alfredo. *Historia general de Chile. El retorno de los dioses*. Santiago, 2004. pp. 10 y ss.

³ *Ibid.*

⁴ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. *Historia contemporánea de Chile*. Tomo I: Estado, Legitimidad, Ciudadanía. Santiago, 1999. pp. 25 y ss.

⁵ NIETZSCHE, F. *Más allá del bien y el mal*. Biblioteca de los Grandes Pensadores. EDAF, Barcelona, 2000. p. 9. (El destacado es del original).

Muchas veces hablamos de Chile, tal como muchos hablaban de Zaratustra, pero no pensamos en Chile. Nos contentamos con aquellas autocomplacientes frases y no escudriñamos un poco más allá, no nos detenemos a pensar acerca de la veracidad de esas sentencias. Somos un país experto en venderse y comprarse fantasías, para así no cuestionarnos y sumirnos en una tranquilidad de papel. Tal como creemos habernos *reconciliado*, aquellos que gobiernan nos dirán que vamos camino al *desarrollo*, que cada vez logramos más y mejor *igualdad de oportunidades*, que hemos recuperado la *democracia*, que hemos *avanzado sin trazar* y que cada día las cosas marchan mejor. Entonces nosotros dejaremos caer ese velo sobre nuestros pensamientos y sobre la realidad y nos contentaremos con ese silencio embriagante, tan típico de la autocomplacencia, tan típico de nuestra historia. Volveremos periódicamente a las urnas, a votar por los mismos, a ser presas de nuevas tarjetas de crédito y a congratularnos de haber dejado atrás a la dictadura. Así y todo, este tiempo presente se debe fundamentalmente al tiempo pasado, a ese martes de Septiembre y a todo lo que vino después. El futuro, en cambio, depende única y exclusivamente de nuestra capacidad para levantar los velos y aceptar la realidad y desde ahí encontrarle un sentido a una sociedad muda, presa de fantasías comunicacionales, gobernada por encuestas y dirigida por herederos de una dictadura que parece un muerto mal enterrado.

El primer apartado busca escudriñar lo que ha sostenido la historiografía nacional acerca del proceso que vivió Chile desde mediados de los 30 hasta el colapso institucional de 1973. Entiendo que esta revisión se ha hecho con anterioridad, pero en esta oportunidad pretendo esbozar líneas argumentativas que permitan comprender de otro modo los turbulentos cambios que se produjeron. Similar es el intento en el segundo apartado en que se revisa el período correspondiente al gobierno militar dirigido por Pinochet, en aquella sección se pone énfasis en el cómo entender al régimen militar y hasta dónde prolongar su duración, es decir, preguntarse sobre el alcance que han tenido las medidas dictatoriales en los años de “transición política”. Esta “transición”, que es utilizada con comillas para marcar mi disconformidad con el término, es revisada en el tercer apartado en que se pone en cuestión el sustrato democrático y político de los gobiernos de la Concertación, así como el proyecto de país que ésta propone. El último apartado busca cerrar el texto de manera acorde con el sentido que lo cruza, esto es, cómo entender la historia reciente y cómo proyectarse hacia el futuro.

I: El otro Chile: Nosotros, los de antes

Tienen la fuerza. Podrán avasallarnos. Pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos. ¡Trabajadores de mi patria! tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo, que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.
Salvador Allende

Muchos años antes, durante la década de 1930, el Poder Ejecutivo lleva a cabo la tarea de empresarializar el Estado con lo que el liderazgo económico pasó de manos de la clase capitalista a las del equipo tecnocrático de cada Presidente⁶. Esto se produjo en respuesta a la decidida voluntad desarro-

⁶ SALAZAR, Gabriel. *Historia de la acumulación capitalista en Chile*. Santiago, 2003. pp. 137 y ss.

lista de una parte importante de los actores políticos. En este contexto, se sucedieron en el gobierno representantes de distintos sectores los cuales fueron presa, en diferentes medidas, de la cooptación por parte de los partidos de derecha que se había reducido a un tercio del electorado y que hacía gala de las más variadas estrategias para no perder su influencia en las decisiones estructurales del país⁷. Así fue como las estrategias de negociación y cooptación que practicó sobre todo el Partido Liberal permitieron mantener detenidas o estancadas una serie de propuestas que buscaban, en su mayoría, el reformismo. Con tal actitud, aquel tercio del país (ahora ya definida como derecha) consiguió defender sus intereses ante gobiernos surgidos de las clases populares de la sociedad en los cuales participaban partidos de inspiración marxista. Junto con esto, el sector empresarial expandió su poder económico a través del desarrollo industrial y consolidó su influencia política en el aparato administrativo y en las empresas públicas. Incluso consiguió instalarse en medio de la alianza de centro-izquierda gobernante y el Partido Liberal compartió responsabilidades de gobierno asumiendo carteras claves como la de Hacienda, desde principios de la década de 1940⁸. Por lo tanto, siguiendo un reciente análisis historiográfico, los partidos de derecha fueron vencederos en la pugna que intentó plantear la izquierda, es decir fueron capaces, especialmente el Partido Liberal, de detener la sindicalización campesina y fortaleceron la industria privada con apoyo estatal proporcionado por la CORFO y medidas proteccionistas.

A partir de la crisis de 1953-1955 comenzó a practicarse, según relata Salazar, un corporativismo liberal de Estado mientras se le juraba lealtad a la Constitución Liberal de 1925. Nadie, sin embargo se atrevió a realizar una reforma del Estado o de llevar a cabo una nueva coyuntura constituyente, prefirieron, sin excepción, delegar esta tarea a su sucesor⁹.

Es interesante notar que el análisis que realiza la historiografía de izquierda presupone que era necesaria una reforma de la institucionalidad por entonces imperante. Es un dato que debe tenerse en cuenta si se analizan, posteriormente, las declaraciones que entregaba Jaime Guzmán, a través de Pinochet, en las cuales ponía especial énfasis en las transformaciones institucionales. Aquellas transformaciones se relacionan directamente con la visión que tenía cada cual del por entonces tambaleante capitalismo nacional. Existía una profunda inestabilidad dada la imposibilidad de incrementar la acumulación y/o la real formación de capital¹⁰, lo que no se sanó con las nuevas posturas estatales. Tal como concluía Tom Davis, la única posibilidad de desarrollo capitalista en Chile pasaba, inexorablemente, por una revolución no-pacífica¹¹.

De esta forma, la crisis de fondo no se relacionaba con la sociedad civil, alta o baja, sino con los partidos. Esto porque se llegó a un equilibrio entre las fuerzas políticas y sociales de índole tradicional con aquellas que abrigaban propósitos reformistas, el cual se basaba, como decíamos antes, en la capacidad negociadora de los grupos políticos y en la cooptación tanto social como económica de la elite de raigambre decimonónica. Por este motivo, el mayor enemigo de los partidos de derecha serían las fuerzas “populistas”. Paradójicamente, la primera fuerza de tal tipo surgió justamente desde su interior. De esta manera, entre 1946 y 1950, la derecha se ve enfrentada a una fuerte tensión política y social que escindió aquellos vínculos que los unieran por más de un siglo. Lo anterior se produce por el cuestionamiento que los conservadores de inspiración social-cristiana hicieron del capitalismo liberal¹². Resulta de gran importancia, por lo tanto, el efecto que produce en la clase política las continuas

⁷ CORREA, Sofía. *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago, 2005. pp. 65 y ss.

⁸ *Ibíd.* pp. 100 y ss.

⁹ Ver el tomo I de su *Historia Contemporánea de Chile*. pp. 48 y ss.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*

¹² CORREA, Sofía. *Op cit.* 2005. pp. 111 y ss.

huelgas que se suceden en los años 40 que ponen de relieve que en la baja sociedad civil seguía acumulándose la ilegitimidad del sistema imperante¹³.

En tanto que las fuerzas tradicionales hacían frente al peligro populista que se erigió desde el Estado¹⁴ (el ibañismo) y que era partícipe de un gobierno empresarial liderado por Alessandri, el descontento de la “baja sociedad civil” se expresaba a través de organizaciones obreras, estudiantiles y, crecientemente, femeninas. Se produjo una estrecha vinculación entre las demandas sociales y el campo político, cobrando gran fuerza el movimiento de trabajadores que serviría de foco entre el movimiento popular que, poco a poco, removió los cimientos sobre los que se erigía el modelo político-económico desde los años 30.

En la medida que el sector obrero tradicional fue el más afectado por la crisis de la CTCH y por la represión de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (promulgada en el gobierno de González Videla) no es extraño que los pasos hacia la rearticulación sindical se hayan dado desde otro sector de trabajadores que a su vez cobraba más fuerza en el desarrollo económico del país: los empleados. A ellos se sumarían los estudiantes, el profesorado, empleados fiscales y sindicatos campesinos, todos los cuales muestran la politización de las luchas sindicales que aparecerá como producto de los mayores grados de intervención del Estado en la economía y en la creciente acción de los partidos de izquierda en la lucha por el poder político. Por ello, el movimiento sindical alcanzó gran protagonismo en las elecciones de 1958, 1964 y 1970.

Quiero hacer un alto aquí y cuestionar las concepciones tradicionales acerca de la dicotomía derecha/izquierda. Según lo que nos dice la historiografía, pareciera ser que la derecha, al menos en el Chile de los 40, no es plenamente una fuerza política sino un grupo de interés que no necesariamente busca instituirse como fuerza política. El punto es el siguiente: una parte de la derecha pretende utilizar mecanismos de influencia o de ejercicio del poder que estén *a salvo* de lo político (lógica que se mantiene hasta hoy) porque comprende que en lo político sus intereses pueden verse gravemente afectados y con eso, no sólo ellos se ven derrotados, sino el país por completo. Hubo ciertas instancias, aquellas llamadas corporativistas, en que la derecha ejerció presiones, como grupo de interés o, incluso, si se pretende ser agudo en el análisis, podemos llegar a decir que la derecha ejerce directamente un cierto tipo de poder legitimado en el conocimiento de carácter científico y no en lo político: los ingenieros de la CORFO. Por otra parte, la derecha operó también como fuerza política, concretamente en el Congreso Nacional desde donde busca defender la institucionalidad y obtener pequeñas ventajas que le permitan profundizar una institucionalidad liberal y, junto con ello, “salvarse” de las transformaciones que se pretendían hacer al sistema político. Es decir, mientras la derecha buscaba no perder el *match* político, se preocupaba de ganar por goleada aquello que habían mantenido afuera de los vaivenes que conlleva la política. Es, pues, una estrategia dual. Por un lado, en lo institucional consagrado en la Constitución de 1925, la derecha se ocupa de impedir que ciertos cambios sean llevados a cabo y, por otro, en lo corporativo, se ocupa de gestionar, y presionar hacia medidas económicas que conduzcan su proyecto de país.

No deja de ser práctico expresarlo de otra forma: la derecha puede ser y no ser una fuerza política mientras que la izquierda, necesariamente, debe constituirse como tal. Esto porque en la derecha la cuestión principal se refiere a *qué hacer con el poder que se tiene* mientras que en la izquierda se trata de *cómo construir poder* de carácter popular. Aún más, si hilamos más fino, se verá que tanto en la concepción de la política como en la concepción del poder existen diferencias. Y es quizá en el poder donde está el punto central del sentido de derecha e izquierda porque mientras la derecha pretende hacer del poder una suerte de dique que impida y oriente el cambio, la izquierda lo concibe como un medio de

¹³ Al respecto ver: ANGELL, Alan. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. Santiago, 1974. PIZARRO, Crisóstomo. *La huelga obrera en Chile. 1890-1970*. Santiago, 1986

¹⁴ CORREA, Sofia. Op Cit. 2005.

apertura de puertas para la avalancha de cambios que pretende. Desde ese momento, y no antes, la diferencia se plasma en la idea de igualdad que cada sector concibe¹⁵.

¿Fueron los partidos el eje del sistema institucional? La respuesta tiende a una bifurcación. Si se mira a la izquierda veremos, inevitablemente, que los partidos políticos son el núcleo de acción de tal fuerza ya que, a diferencia de la derecha, no cuenta con una trama social que le permita establecer otras instancias de poder y, por ello, los partidos y líderes políticos se ocupan de construir poderes populares. Salta a la vista como las organizaciones de trabajadores entablan relaciones verticales con las fuerzas definitivamente políticas mientras que en la derecha la cuestión tiende a tomar características estratégicas ya que en cierto sentido prefiere operar como un mero grupo de interés (económico, social) que ejerce (CORFO) o incide (corporativismo) en las decisiones de poder, y que, por otro lado, opta por defender el sistema político justamente a través de sus partidos. Se opera no verticalmente como en la izquierda sino horizontalmente dividiendo aguas, a veces difusamente, entre aquello que se trazarán en el campo político y aquello que se impondrá mediante otra fundamentación de poder no necesariamente política, como es el caso de los ingenieros de la CORFO que fundamentaron su poder en el conocimiento de las ciencias económicas. Es una estrategia que responde a una lógica que aún se mantiene: sacar ciertos asuntos de la contingencia política para llevarlos a otras instancias u otros estamentos que no se vean “contaminados” por lo político. De ahí la fobia hacia lo político y hacia lo legitimado políticamente que tenía Guzmán y que nos hizo saber a través de Pinochet hasta 1981 cuando se alejó del gobierno y fundó su propio partido político. La lógica del gremialismo, aunque sólo sea a mayor abundancia, supone que ciertas cosas no deben estar en manos políticas y que esa actividad sólo debe limitarse a mantener un determinado orden institucional.

En tal situación, peleando voto a voto, llegó la Democracia Cristiana al poder. Era en gran parte el mal menor para los partidos de derecha y, por otra, representaba una suerte de reformismo moderado, una revolución en libertad. De tal forma que su triunfo electoral se debió a que la derecha se vio fuertemente afectada por las políticas populistas que se llevaron a cabo desde 1950, y con mayor intensidad durante los primeros años de Ibáñez, que, por una parte, aceleraron la inflación aumentando el descontento social que se materializaba en continuas huelgas y, por otro, debilitaron al empresariado con las nuevas políticas económicas. Existe discrepancia entre los autores nacionales en torno a la reacción que tiene este grupo ante tal situación. Hay autores, como Salazar¹⁶ y Moulian, que apuntan a que la derecha presenta incapacidad de formular un proyecto modernizador y otros, como Sofía Correa¹⁷, que sostienen que la derecha, desde la visita de la misión Klein-Sacks, plantea un proyecto de modernización capitalista que más tarde desembocaría en el modelo neoliberal hoy imperante. Tal proyecto de modernización habría fracasado con Alessandri y más aún, habría acrecentado el descontento social y las ansias de revolución. Ante tal escenario, la derecha no tuvo otra opción que apoyar a Frei. Hay quienes sostienen que tras este apoyo subyace la intención de delegar el poder so pretexto de no poder ejercer la dominación política por sí misma. Sin embargo, Moulian señala que existen dos errores en tal análisis: Primero, concebir que en Chile existían “intereses burgueses diferenciados y políticamente constituidos”, de modo que pudieran delegar y otorgar representación de ellos y segundo, “no percibir en la Democracia Cristiana un partido de capas medias e ideológico policlasista”¹⁸.

Bajo su análisis, Jocelyn-Holt agrega a lo anterior que la Democracia Cristiana ofrecía “mística, unidad e ilusiones”. La política, como dijimos antes, se había desacreditado, ergo había que cambiar la

¹⁵ La dicotomía izquierda/derecha ha sido trabajada por Norberto BOBBIO en *Derecha e Izquierda*. Traducido por A. Picote. Madrid, 1996. Sin embargo, no estoy de acuerdo con Bobbio en que la principal diferencia se encuentra en las distintas concepciones del concepto de igualdad. Lamentablemente, ese análisis deberá quedar para otra ocasión.

¹⁶ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. Op cit. pp. 183 y ss.

¹⁷ CORREA, Sofía. Op Cit. 2005. pp. 183 y ss.

¹⁸ MOULIAN, Tomás. Op cit. 1993. pp. 213 y ss.

política, la cual se vuelve, bajo el liderazgo de Frei, en otra forma de hacer religión¹⁹. Esto fue posible, siguiendo a este autor, porque la Democracia Cristiana tocó una fibra delicada que la alzó como una vía factible de centrismo revolucionario, esto es, la crítica anti oligárquica que antes Alberto Edwards y Francisco Encina levantaron como fundamento del pensamiento liberal nacionalista. La misma estrategia que usó Arturo Alessandri y los caudillos jóvenes en los años 20 y que luego se despertaría con el nacionalismo de los 50 permitió a Frei y compañía crear un vínculo difuso, pero vínculo al fin con las clases populares y, al mismo tiempo, ser cercano a la derecha²⁰. Pese a que los atacaba directamente, la “Patria Joven” le resultó cercana a los sectores tradicionales, mal que mal, repetían el mismo discurso que décadas antes habían sido capaces de cooptar y fagocitar.

Sin embargo, y tal como lo señalara Frei Montalva al decir que no cambiaría ni una letra de su plan de gobierno, la derecha fracasó en su intento de cooptación²¹. Se produjo, entre 1964 y 1970, la modificación de las estructuras agrarias y de las relaciones sociales campesinas. Se puso en aplicación un trascendental proceso de cambio en la tenencia de la tierra que condujo a la desaparición del latifundio lo que provocó, además, la reestructuración interna de la clase dominante y, por ende, un cambio en la estructura global. Frei, por lo tanto, logró lo que los gobiernos de centro-izquierda y el gobierno de Ibáñez, pese a sus discursos, no pudieron concretar: coronar el proceso modernizador²².

La nueva política agraria, impulsada por el gobierno norteamericano, se combinaba con una política activa de fomento industrial, basada en la redistribución de ingresos, créditos de fomento, asistencia tecnológica e integración regional todo lo cual coloca de manifiesto el cálculo político de este sector. Buscaban ser los líderes de la revolución en Chile, arrebatándole presencia popular a la izquierda. Pensaron que eran una vanguardia renovadora cuando en verdad sus cuadros obedecían a una renovación social previa que ya había arrojado nuevos sujetos²³. Visto de esta manera, la Democracia Cristiana y todo lo que con ella vino, no es un nuevo liderazgo de un proceso sino que ella misma es parte del proceso. De igual manera, agrega Jocelyn-Holt, se generó durante este gobierno, particularmente después de 1967, una avalancha de expectativas, de ilusiones, que resultaron imposibles de frenar y satisfacer. No pudieron ser retribuidas porque el mensaje era equívoco, ya que

(...) se pretendía revolucionar lo social sin alterar lo político, a la vez que buscar en lo político el medio para revolucionar lo social. Lo político aparecía, por consiguiente, como cauce y como freno del cambio. Esto, lejos de aliviar o dar solución a la frustración que se acarrea de la década anterior, terminó por acelerarla²⁴.

Las ofertas de la Democracia Cristiana fueron estruendosas. No es descabellado decir que con ellos, con Frei, se produce la gran revolución del siglo XX. Y es que la reforma agraria y todos los ofertones con gusto a humanismo-cristiano terminaron por quebrar un escenario político que ya se tambaleaba.

(Los que llegaron al poder el 64) prometieron una “Revolución en Libertad”, ser una alternativa al marxismo, humanizar y cristianizar el “mensaje” y la acción política, volvernos “socialistas comunitarios”. ¡Hasta el lenguaje

¹⁹ JOCELYN-HOLT, Alfredo. *El Chile perplejo: del avanzar sin trazar al trazar sin parar*. Santiago, 1997. pp. 101 y ss.

²⁰ *Ibid.*

²¹ CORREA, Sofia. *Op cit.* 2005. pp. 259 y ss.

²² *Ibid.*

²³ JOCELYN-HOLT, Alfredo. *Op cit.* 1997. Supr. nota 17.

²⁴ *Ibid.* pp. 100-101.

*lo quisieron cambiar! Dijeron que iban a gobernar a lo menos treinta años e iban a hacer desaparecer a la derecha. (...) Nunca nadie antes había prometido tanto*²⁵.

Ante tal escenario, la derecha se vio enfrentada a una situación de jaque mate. Ya no podían evitar las reformas con alianzas o estrategias de cooptación y negociación, debieron pues transformarse. Fue así como, para las elecciones de 1970, la derecha, hasta entonces atenazada por el pánico al marxismo, prefirió correr el riesgo total, antes que entregar, de nuevo, sus votos a la Democracia Cristiana. Este gesto, entre altanero y desesperado, tiene para Moulian²⁶ un alto contenido simbólico: revela que la derecha estaba desbordada por el juego polarizado con un centro irreductible y revela también que, de manera inconsciente, tenía puestas sus esperanzas en la catástrofe. Es, por lo tanto, una nueva derecha, que fusiona a los antiguos liberales y conservadores en torno al Partido Nacional y que refleja una burguesía temerosa, derrotada y aislada. Más importante aún, parece una derecha que se ha perdido el apego a su propia institucionalidad, es decir, no parecen atados, ni política ni sentimentalmente, a la sociedad que habían dibujado con sus propios pinceles.

El triunfo de la Unidad Popular representó la culminación de un largo proceso político que para la izquierda había comenzado en 1933. Entre 1938 y 1947, en el período de coaliciones de centro-izquierda, la estrategia había tomado la forma específica de participación en el poder, pero bajo el predominio político del centro²⁷. Desde 1958 apareció la posibilidad concreta del “gobierno popular” en donde Allende consiguió una importante alza en su votación en comparación a lo alcanzado en 1952²⁸. Sin embargo, y pese a las esperanzas de triunfo, en 1964 volvieron a ser derrotados. Esa derrota produjo profundos cambios en la izquierda y en el mundo popular vinculado a la política. El desencanto, la desilusión y el derrumbe de las esperanzas que se erigían desde la baja sociedad civil y que se habían colado en el proceso electoral impulsaron que se pusiera en duda la vía institucional al socialismo²⁹. Se produce, en palabras de Moulian³⁰, la izquierdización de la izquierda al constituirse en temas la lucha armada, el cuestionamiento de las elecciones, la imposibilidad de un camino pacífico hacia el socialismo y, en general, se “magnificó la eficacia de la democracia burguesa como instrumento de reproducción del capitalismo”³¹. En este marco se habrían desarrollado dos procesos. Uno fue la fascinación por la Revolución Cubana, que alcanzó al Partido Socialista y a sectores de izquierda de la Democracia Cristiana y el otro fue la leninización de izquierda del Partido Socialista³². Podemos señalar, entonces, que a diferencia de la izquierda de los años cuarenta que se plantea como desarrollista, modernizadora y gradualista, la de fines de los sesenta no solamente fue utópica sino que fue, además, escatológica³³.

Así, con la elección de 1970, llega al poder la Unidad Popular tras vencer a Alessandri por escaso margen, cercano a los 30 mil votos³⁴. Este conglomerado, que unificaba en cierta forma a todos los movimientos sociales con el mundo político, esta preñado, según Jocelyn-Holt³⁵, de una altísima densidad histórica que permite afirmar que la Unidad Popular tiene una larga historia, entroncada en todo el largo proceso de las luchas sociales de Chile.

²⁵ *Ibíd.* pp. 102-103.

²⁶ GARRETÓN, Manuel Antonio y MOULIAN, Tomás. *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*. Santiago, 1993.

²⁷ MOULIAN, Tomás. *Op cit.* 1993.

²⁸ CRUZ-COKE, Ricardo. *Historia electoral de Chile*. Santiago, 1984.

²⁹ MOULIAN, Tomás. *Op. cit.* 1993.

³⁰ GARRETÓN, Manuel Antonio y MOULIAN, Tomás. *Op cit.*

³¹ MOULIAN, Tomás. *Op cit.* 1993. p. 221.

³² *Ibíd.*

³³ *Ibíd.*

³⁴ CRUZ-COKE, Ricardo. *Op cit.*

³⁵ JOCELYN-HOLT, Alfredo. *Op cit.* 1997.

*Tiene "raíces en el Frente Popular, en los gobiernos radicales y, antes, en la República Socialista, en el gobierno de Carlos Dávila, en las candidaturas presidenciales de Luis Emilio Recabarren, José Santos Salas, Elías Laferte, Manuel Hidalgo, Marmaduke Grove, Bernardo Ibáñez y por cierto, tiene como antecedente las tres candidaturas anteriores del mismo Allende". De consiguiente, la historia que culmina, o que comienza, el año 70 se remonta a los movimientos mutualistas y sindicales de fines y principio de siglo, a Malaquías Concha, al Partido Democrático, a ciertas corrientes ácratas, al liberalismo democrático, a toda la tradición radical nortina e, incluso, uno la puede extender a Santiago Arcos y Francisco Bilbao, a la Sociedad de la Igualdad, a las primeras asociaciones obreras, escuelas de artesanos, a las huelgas portuarias, de tipógrafos y de sastres y si se quiere, tan atrás como alguna proclama revolucionaria del período de Independencia*³⁶.

El gobierno de Allende se inició bajo un clima de gran polarización signado, además, por una percepción generalizada de crisis. Los impetuosos intentos por evitar su ascenso a la Presidencia, la difusión del pánico financiero, las contradicciones existentes entre la alianza triunfadora, la efusividad de las manifestaciones y acciones de sus partidarios y detractores y los constantes ataques tendientes a deslegitimar abiertamente la elección, redundaron en un creciente ambiente de intranquilidad porque, al parecer, cualquier elección era válida, siempre y cuando no ganaran algunos. En este contexto, y sintiéndose avalado por el peso histórico al que antes hicimos mención, Allende dio inicio a su gobierno siguiendo al pie de la letra lo que había prometido en su campaña. Sin alejarse del marco legal, el gobierno, para avanzar en la constitución del Área de Propiedad Social, utilizó como estrategia la compra de acciones de los bancos y las grandes industrias para luego traspasarlas al control del Estado. Resultó útil también la legislación expropiatoria que promulgó la República Socialista de 1932 la cual facultaba a la autoridad estatal para intervenir aquellas empresas que pusieran en riesgo el abastecimiento de la población, pudiendo aducir una variedad de motivos, incluso que su productividad era deficiente. Esta causal incentivó a los obreros más politizados, según cierta historiografía, a hacer uso de las huelgas para provocar la intervención estatal.

Así, después de un año de gobierno, el Estado controlaba 62 industrias y tenía bajo su administración 39 empresas requisadas lo que acrecentó el conflicto político entre el oficialismo y la oposición (tanto de derecha como demócrata-cristiana)³⁷. Además, debió enfrentar la oposición de Estados Unidos que, liderado por Nixon, se hizo parte de la iniciativa de la ITT de hacer "chillar" la economía nacional. Tal posición habría existido incluso desde antes que asumiera Allende, ya que el gobierno norteamericano venía asegurando el financiamiento de prensa y partidos de oposición llegándose a hablar incluso de 8 millones dólares gastados por Estados Unidos tan sólo para desestabilizar al gobierno.

El conflicto social, por otra parte, se intensificó con la profundización de la reforma del agro. Las huelgas rurales aumentaron en un 180% en 1970, a las que se sumaron las tomas de fundos y de casas patronales, acciones amparadas e incentivadas, según algunos autores, por grupos de los sectores más radicalizados de la Unidad Popular y por miembros del MIR. En palabras de Moulian,

*(...) uno de los significados de esta época como fiesta consistió justamente en que una parte importante de los sectores involucrados la vivió como una catarsis*³⁸.

Esta fiesta no era alegre; "tenía la gravedad de los ritos en que el pueblo se asume como juez". Si entiendo bien el sentido que busca darle este autor, detrás de la toma de fábricas y de casas patronales (de las que hablan Correa y otros) existe un sentimiento de venganza por años de sufrimiento, silencio

³⁶ *Ibid.* p. 116.

³⁷ CORREA, Sofia *et al. Historia del siglo XX.* 2001. pp. 226 y ss.

³⁸ MOULIAN, Tomás. *Op cit.* 1993. p. 213.

e impotencia. Se creía llegado el momento de la rendición de cuentas, el futuro le pertenecía por fin al pueblo, era el tiempo de la revolución triunfante.

La otra cara de la medalla es el drama que significaron los continuos enfrentamientos que podemos establecer en torno a dos ejes: el vaciamiento del centro y la disputa por el apoyo de las Fuerzas Armadas. Hasta Octubre de 1972 el campo político siguió dividido en tres, momento en el cual la Democracia Cristiana terminó asistiendo a la alianza con el Partido Nacional contra el gobierno. En la misma fecha, una vez terminado el paro, el Presidente llamó al gabinete a los militares echando por tierra de paso las intenciones golpistas de la derecha. Allende deja ver aquí que era un socialdemócrata antes que un revolucionario y que prefería recurrir a un expediente para él mucho más conocido: los militares en el gabinete, solución que había visto utilizar a los radicales, sin graves consecuencias para la convivencia nacional ni para la disciplina de las Fuerzas Armadas y su sometimiento al poder civil. En ese momento de profunda crisis el sueño que servía de motor en la Unidad Popular parecía haberse esfumado. El naufragio parecía inevitable.

Transcurridas las elecciones de Marzo de 1973 quedó claro que el país permanecía escindido en dos conglomerados de peso semejante³⁹. Al poco tiempo de realizada la votación, los militares renunciaron al gabinete. Las manifestaciones populares siguieron en aumento. Distintos colegios profesionales se declararon en huelga, a los que se sumaron el gremio de transportistas y los mineros del mineral de cobre El Teniente. La propuesta de una reforma educacional presentada por el Ejecutivo, tendiente a establecer la denominada Escuela Nacional Unificada, provocó una enorme resistencia en la Iglesia Católica y en las Fuerzas Armadas con lo que el gobierno se vio forzado a retirarla. En los meses siguientes la violencia recrudesció lo que instó a Raúl Silva Henríquez a llamar al diálogo entre la Democracia Cristiana y las fuerzas oficialistas el cual se frustró dado el clima de polarización reinante y la intransigente oposición que el sector freísta sostenía contra Allende.

Tanto la oposición como miembros de la Unidad Popular alertaron, ya en pro, ya en contra, sobre las posibilidades cada vez más ciertas de un golpe de Estado. Unos y otros emplazaban a las Fuerzas Armadas para que intervinieran a su favor. Algo de eso anunció "El Tanquetazo" el 29 de Junio el cual fue sofocado gracias a la rápida y decidida acción del general Prats y otros oficiales leales al gobierno, entre los cuales destacó el general Augusto Pinochet⁴⁰.

Casi tres meses después, el país se despertaba de golpe y ese golpe fue certeramente sangriento. Ya no bastaba con rodear de tanques el edificio presidencial, como había ocurrido en ocasiones anteriores, ni con ocupar militarmente las principales ciudades del país; ahora se buscaba destruir la viga central que sostenía el andamiaje institucional chileno que había hecho posible el acceso al poder de los representantes de vastos sectores de la población. Todas las puertas que el movimiento popular había logrado abrir durante las últimas décadas fueron selladas, cual metáfora, con la clausura de la puerta de Morandé 80.

Dentro del palacio, Allende pronuncia palabras que son propias de un tribuno decimonónico. Con Allende en La Moneda se termina lo que aún quedaba del siglo XIX en Chile, pero no es él quien lo sepulta. El Presidente se encargó, en sus últimas frases, de dejar claro que era heredero del republicanismo y suspender en el aire las sentencias que lo elevaron a la imagen monumental que ocupa en la historia de este país. Fue, sin dudas, el último republicano, el que cerró una larga tradición. Allende fue, en resumen, el último ilustrado que tuvimos. Tras eso, se suicidó y su muerte es quizás "la más estéril que conocemos"⁴¹. Según dice Marco Enríquez-Ominami,

³⁹ CRUZ-COKE, Ricardo. Op. cit.

⁴⁰ CORREA, Sofía *et al.* Op. Cit. 2001.

⁴¹ ENRIQUEZ-OMINAMI, Marco y OMINAMI, Carlos. *Animales Políticos*. Santiago, 2004. p. 49.

(...) emocionalmente ganó Allende, pero en lo político la paliza es total. Pinochet es el gran revolucionario de este país. La sociedad que tenemos hoy es exactamente opuesta a la que imaginó Allende⁴².

Por más que varias décadas después seamos espectadores de notables documentales sobre su persona, su despedida, vista en perspectiva, lo deja solo como un actor secundario. El ataque, sin dudas, no fue contra él. El golpe de Estado atentó contra una institucionalidad, contra la forma en que se había organizado la sociedad durante buena parte del siglo XX. Allende no fue más que una coyuntura, un motivo, una explicación, una justificación para cambiarlo todo.

Es erróneo pensar, como la ha pensado buena parte de la historiografía que he revisado en este capítulo, que de un lado estaba Allende y la izquierda y, por otro, la derecha y los militares. El golpe de estado, decía, fue contra una forma de sociedad, pero ¿Quién dio el golpe? ¿La derecha? ¿Los militares? Es indudable que hay buenas razones para darles el crédito a ambos, sin embargo, ilumina observar que luego del 11 de Septiembre la fundamentación política del nuevo régimen emana de un solo y fecundo manantial: la Facultad de Derecho de la Universidad Católica. Percatarse que de ahí sale la nueva Constitución Política y que luego la misma institución produciría el modelo económico da señales para buscar ahí nuevas respuestas o, al menos, preguntas más agudas.

Pese a que dijimos que la derecha se encontraba jaque mate, no tuvimos en cuenta que en el seno de la intelectualidad *pontificia* todavía pervivía la opción de barrer con las piezas, cambiarlas por otras y tomarse más de un turno para reacomodarlas a su gusto. El golpe fue contra la comunidad política que existió hasta entonces para fundar una nueva, bajo nuevos parámetros completamente distintos. Lo que vino a partir del mismo 11 de Septiembre fue una revolución que cambió los ejes estructurales de nuestra convivencia. En el fondo, lo que se transformó fue una manera de entender el “nosotros” que había plasmado la Constitución liberal-democrática de 1925 siguiendo cierta línea institucional con los anteriores 100 años de vida independiente. Ese “nosotros” se destruyó junto al edificio de La Moneda con las bombas que arrojaban los Hawker Hunter, que al mismo tiempo anunciaban que algo cambiaría “de golpe”.

II: El estridente silencio: ¿Cuántos años tiene un día?

Parece como si cada cierto tiempo la historia se empeñara en mostrarnos lo que era el mundo antes de que existiera la política.
Fernando Mirés

Las bombas sobre La Moneda, además de ser un “hecho bruto” impactante, también tienen un significado institucional profundamente revelador: terminaron con el derecho y con la política. Ahí donde la violencia impera no puede existir ni un sistema jurídico ni un sistema político. En este caso, afloró también el pensamiento mágico. En esas condiciones, no es extraño que Pinochet sostuviera que su mujer, Lucía Hiriart, era la reencarnación de la virgen María que le pedía que actuara contra el gobierno de Allende o, varios años después, que aquella misma imagen religiosa se manifestaba en el auto que resistió el atentado en su contra.

“¿Cuántos años tiene un día?” Era el resignado título con que el Teatro Ictus, cinco años después del golpe de Estado, montaba una obra que ya aludía al impacto sostenido del golpe militar y su

⁴² *Ibíd.* p. 48.

término aún imprevisible. En aquellos tiempos los actores aún estaban en los teatros, no como hoy que están en las teleseries, “eventos” en discotecas y franjas políticas, y por entonces hacían alarde de una aguda creatividad que permitía poner de manifiesto lo impensado que se había vuelto el delirio armado del que éramos testigos. Y es que desde un comienzo, desde el mismo Martes 11

(...) el derrocamiento de la Unidad Popular y de Salvador Allende aspiraba a ser algo más que una intervención armada. Desde un inicio saltan a la vista los dos aspectos cruciales que definen el régimen militar: su carácter en extremo represivo y anulador del disenso público y la intención refundacional que lo anima a perpetuarse desde aquel día⁴³.

Orwell observó perspicazmente, al describir al Gran Hermano, que los dictadores sueñan no solo con ser representantes de supuestas mayorías sino, también, con ser amados por sus pueblos. Así, el primer paso para encarar la “misión suprema” de reconstrucción de la normalidad nacional fue presentarse “ante Dios y la Historia”, según el lenguaje de los bandos, como un gobierno estrictamente militar que involucraría todas las ramas de las Fuerzas Armadas y de Orden que pretendía “salvar a Chile” y a su pueblo. Curiosamente, como toda Tiranía que pretende ser Dictadura, se soslaya - en el lenguaje que se utiliza- que el pueblo chileno se ha equivocado al entregarle el poder a la Unidad Popular y que se vive una crisis moral, pero; al mismo tiempo, se sostiene que se es representante de aquel mismo pueblo. Con el tiempo se optó por relegar a segundo plano el esquema colegiado inicial, reservándose la Junta el poder legislativo, a la vez que se concentraban poderes administrativos y de gobierno en la persona del comandante en jefe del Ejército, quien, desde Junio de 1974, asumió el título de “Jefe Supremo de la Nación” (el Gran Hermano criollo). Se configuraba, por ende, una forma de gobierno inédita en este país que alcanzaba características totalitarias, a juzgar tanto por el rigor empleado como por el propósito avasallador de la civilidad histórica. El Congreso fue clausurado,

(...) declarándose el país en estado de sitio, con lo cual quedaron suspendidas las garantías individuales, se prohibieron los partidos políticos partícipes de la Unidad Popular, mientras los restantes entraban en “receso”, para luego, en 1977, también caer bajo proscripción, la administración pública fue purgada, y se vedó toda actividad, manifestación pública u organización política de base. Asimismo, las elecciones sindicales se suspendieron; el gobierno se reservó el derecho a designar dirigentes laborales y sus reuniones quedaron sujetas a autorización previa de Carabineros. Se disolvió el Tribunal Constitucional, se quemaron los registros electorales, se impuso toque de queda en el territorio nacional, se estableció censura a todo tipo de medios de comunicación, las universidades fueron intervenidas y todos los cargos públicos, al menos en una primera etapa, fueron ocupados por militares⁴⁴.

Paralelo a esto, el gobierno prolongó el estado de terror al calificar la situación de “guerra interna”. No es de sorprender, por lo tanto, el número de muertos que, según estimaciones actuales, aún algo imprecisas, referidas a 1973 y 1974, los reducen a un total de 1.500, entre ellos, caídos en enfrentamientos, o bien, personas que después de su detención fueran fusiladas o muertas en tortura⁴⁵. No cabe duda, un bando debía vencer aplastantemente a otro para que no quedaran dudas de que “ese” ganó⁴⁶. El miedo, entonces, fue la principal enfermedad que paralizó a los chilenos. No siempre se sabía cual era el peligro, de dónde venía o cuando ocurriría, pero se sabía que existía y que, frente a él,

⁴³ CORREA, Soñá *et al.* Op. Cit. 2001. p. 279.

⁴⁴ *Ibíd.* p. 280.

⁴⁵ *Ibíd.*

⁴⁶ SALAZAR. Op cit. 2003.

se estaba inerme⁴⁷. Fue un miedo, al menos en perspectiva, que hizo vivir a medias, reprimidos y sofocados⁴⁸.

Conjuntamente con este disciplinamiento fáctico, el gobierno militar se propuso realizar una obra de refundación, reconstrucción y restauración. Esta obra aspiraba a corregir la trayectoria reciente del país ya que, según los detentadores del poder, los chilenos habían caído en el desquiciamiento y tal situación solo podía ser enmendada con la acción armada⁴⁹. En efecto, la violencia estatal no sólo fue utilizada para mantener en el poder a un caudillo castrense, sino para realizar, por su mediación, un proyecto de transformación económico-social y cultural, autodefinido como el pasaje de una economía reclusa y estatizada a la “sociedad libre” del capitalismo modernizado⁵⁰. Dos elementos saltan a la vista en este proyecto de los militares. Primero, que se trata de una contrarrevolución⁵¹ y no de una revolución (como señalan algunos autores⁵²) ya que se plantea como una gesta patriótica que reacciona y modifica todo lo anterior y, segundo, que hace mención a la idea de libertad, la cual, en distintas formas, fue usada durante todo el siglo XX para fundamentar los más diversos programas.

La orientación económica del gobierno militar estuvo condicionada, desde un comienzo, por una doble necesidad, la de tener que superar sucesivas crisis a la vez que proveerle al régimen otro sentido, más digerible, que el puramente autoritario re-fundacional. Según Salazar⁵³, históricamente al menos, la contrarrevolución de la que hablamos parece gemela de la que en 1830 instaló el “desarrollo hacia afuera”. Para lograrlo, los militares debieron hacerse de un equipo tecnocrático diametralmente opuesto a los tecnócratas estatizantes, productivistas, nacionalistas, y anti-imperialistas que ellos habían defenestrado sin piedad⁵⁴. Al no existir una burguesía capitalista chilena (que nunca había existido) debieron recurrir a los estudiantes chilenos que habían aprendido Economía en la Universidad de Chicago con Milton Friedman y a un especialmente brillante profesor de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica. Estos estudiantes, amparados por el poder de fuego, llevaron a cabo sus ideas que se reducen: Primero, a la privatización de lo estatizado por el Estado Empresarial del período anterior además de los monopolios estatales construidos por la CORFO en la etapa radical. Segundo, la refundación del sector exportador para maximizar su rendimiento a beneficio del empresariado privado, pero sin reblandecer el presupuesto militar del Estado. Tercero, la devaluación estratégica del peso de emisión en el mercado interno con lo que el Estado se desarrolló, estratégicamente también, en el área de dólares y no de pesos, es decir, todo lo contrario al período 1964-1973. Cuarto, la reinstalación de un sistema laboral de tipo peonal en el país⁵⁵.

Se construyó un modelo económico mediante el cual el trabajador pierde todo sentido de clase y esto se consigue mediante el asesinato de la asociación gremial y, como medida central, con el congelamiento de los salarios⁵⁶. Además, siguiendo a Salazar, los ahorros y provisiones de los trabajadores fueron usados a través de las AFP e ISAPRES como estructura básica que asegurara la estabilidad del mercado bursátil⁵⁷. A su vez, al no ser lo suficientemente altos los salarios, se incentivaron los “créditos de consumo” a través de tarjetas de crédito que permiten establecer una subzona monetaria virtual mediante la cual se atrapa al trabajador en torno a su propia deuda. En el fondo, esta forma de

⁴⁷ TIRONI, Eugenio. *Los silencios de la revolución*. Santiago, 1988. p. 86.

⁴⁸ POLITZER, Patricia. *Miedo en Chile*. Santiago, 1985. pp. 35 y ss.

⁴⁹ CORREA, Sofía *et al.* Op. Cit. 2001. pp. 290 y ss.

⁵⁰ MOULIAN, Tomás. Op cit. 1993. pp. 111 y ss.

⁵¹ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. Op cit. pp. 45 y ss.

⁵² Ver LAVIN, Joaquín. *La Revolución Silenciosa*, Zig-Zag, 1987. TIRONI, Eugenio. (nota 47) MOULIAN, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. Lom, 1997.

⁵³ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. Op. cit. pp. 50 y ss.

⁵⁴ SALAZAR. Op cit. 2003. pp. 151 y ss.

⁵⁵ *Ibíd.* p. 153.

⁵⁶ *Ibíd.*

⁵⁷ *Ibíd.*

aumentar elásticamente los salarios representa el medio por el que el antiguo inquilinaje y dependencia del patrón que tenía el antiguo peón del siglo XIX se modifica, encerrando al trabajador en el sistema a fin de pagar la deuda (que en muchos casos alcanza varias veces su sueldo). Junto con esto, se compensa la frustración con la posibilidad de consumir (y consecuentemente endeudarse) a fin de que no se produzca un estallido social o un robustecimiento de las asociaciones obreras.

El neoliberalismo que se impone en Chile se muestra, entonces, como un optimismo disfrazado de solvencia técnica económica dirigido a la *pequeña burguesía* (Jocelyn-Holt⁵⁸) o *burguesía light* (Salazar⁵⁹). Parece obedecer a una visión teórica anti-socialista, pero puede en la práctica funcionar muy bien, extraordinariamente bien según algunos, dentro de un régimen estatista como lo era, y sigue siendo por lo demás, el chileno. Digo esto porque en la dictadura no se corrigieron las políticas estatizantes de CODELCO y tal empresa sigue siendo hasta hoy uno de los puntales de la economía nacional. Los Chicago Boys del régimen militar tuvieron, como señala Salazar⁶⁰, la posibilidad que ni los profesores de Chicago que visitaron Chile en los 50 se soñaron: contar con los fondos previsionales de los trabajadores del país. Esa misma ventaja histórica les permitió ganar la lucha por la legitimidad científica⁶¹. Eran ellos y no otros los que sacarían al país de la crisis, ellos y no otros los que harían que Chile surgiera, ellos y no otros lo que posibilitarían que cada chileno tuviera su auto y su televisor⁶², ellos y no otros los que poseían la receta infalible para hacernos más felices y más libres. Resulta imposible pensar que no cayeran en esta autoconcepción si contaban con los recursos antes mencionados, el apoyo extranjero, la tutoría de Estados Unidos y el poder de fuego de los militares. El panorama real, sin embargo, distaba mucho del delirio exitista provocado por el *boom* consumista. Había más dinero, mucho dinero, a causa de flujos financieros externos provenientes de excedentes mundiales generados por el aumento del precio del petróleo, que inundaron el sistema nacional. La deuda externa se disparó. De 481 millones de dólares en 1977 se encumbró a 2.600 millones en 1980. Gran parte era deuda privada que fue destinada a consumo y no a producción. En 1980 la inflación ascendía a un 30%. En efecto, lo que se venía haciendo desde 1975 era simplemente recuperar los índices previos a la caída del producto en 1975. La tasa de inversión fue baja en comparación a los años 60. Las tasas de ahorro fueron incluso más deficientes. Es más, el costo social se acumulaba. La cesantía en 1975 y 1977 eran todavía del orden del 16% y 20%⁶³. De esto se desprende que en el mejor de los casos la economía a lo más se estaba recuperando con lo que el éxito del modelo, más allá de su imposición intransable a partir de “El Ladrillo”⁶⁴ dado a luz el 12 de Septiembre de 1973, no radicaría tanto en sus logros estrictamente económicos como en su capacidad de cambiar la mentalidad económica del chileno, aun cuando ello no redundara en su beneficio. A fin de lograrlo, se vendieron —a precio de chatarra— las empresas del Estado mientras se reducía a simples masas de individuos las clases medias y populares. Además del asesinato del movimiento social, se debilitaron también los movimientos estudiantiles y el peso intelectual de la mejor, y quizás única, Universidad de Chile. Surgieron, y siguen surgiendo, como callampas, innumerables instituciones de educación privada que ofrecen a los *consumidores-estudiantes* la posibilidad de obtener un cartón y, junto con ello, reducen exponencialmente los salarios de los profesionales al aumentar la oferta de este tipo de *insumos*. Silenciosamente, como era la tónica, se les permitía a todos entrar a la universidad (expresada como una entidad kafkiana) y junto con eso se debilitaban a los sectores medios y se le amputaba legitimidad intelectual a la Universidad de Chile.

⁵⁸ JOCELYN-HOLT, Alfredo. Op cit. 1997.

⁵⁹ SALAZAR. Op cit. 2003.

⁶⁰ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. Op cit. Tomo I.

⁶¹ MOULIAN, Tomás. Op cit. 1993.

⁶² JOCELYN-HOLT, Alfredo. Op cit. 1997.

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ CORREA, Sofía. Op cit. 2005.

A modo de digresión, es tragicómico que paralelo a esta revolución *silenciosa* surgiera una suerte de “frustración”⁶⁵ *silenciosa* que es paliada con el neo-inquilinaje *silencioso* y que todo en esta época tenga tal carácter, es decir, callado, *silencioso*, casi autista. Más tragicómico es que detrás de todo este proceso *silencioso*, que para buena parte de la población “salvaba a Chile”, la dictadura llevara a cabo acciones que de *silenciosas* tenían bastante poco. En efecto, y siguiendo la metáfora, resulta inexplicable que en medio de todo este *silencio* nadie escuchara los gritos, los fusilamientos, en fin, todo lo que ahora *-en medio del ruido-* supimos⁶⁶. El silencio no es buen indicador cuando de política, historia y sentido se trata. Sin libertad de expresión no hay vigilancia ciudadana y sin vigilancia ciudadana la política, si es que la hay, se convierte en una actividad corrupta.

Tras el auge neoliberal, la siguiente etapa del gobierno militar traería consigo ira y desesperanza. El paso del tiempo y circunstancias imprevistas empezaron a crear las condiciones para que surgiera un ambiente de creciente tensión y enfrentamiento enrarecido. Acciones terroristas devinieron cada vez más en un ingrediente cotidiano lo que obedecía a un giro de parte del Partido Comunista que sostuvo durante años una postura relativamente moderada para luego adoptar la vía más insurreccional ejecutada por su brazo armado, el FPMR. La tensión aumentó con la muerte de Frei Montalva y Tucapel Jiménez. Surgieron críticas a la administración económica como consecuencia de la recesión que afectó al país, lo que llevó a devaluar el peso en 1982. Con esto último el régimen por primera vez, al menos públicamente, se mostraba errático, casi desconocido si se le compara con la conducción inclaudicable de años antes. Asimismo, el movimiento popular parecía resurgir de las cenizas lo cual se tradujo en múltiples protestas que se fueron transformando en un condimento periódico. En efecto, ya a partir de 1979 y 1980 la frecuencia anual de la violencia política popular aumentó en escala espiral.

En 1976 se llegó a una baja de 0,3% seguida por media de alrededor 1,4% en los dos años siguientes, esta frecuencia se dispara a un 4,6% para 1979. La misma cifra se repite en 1982 para aumentar luego a un 5,7% en 1983 y caer a 5,2% dos años después. Desde 1986, con un 5,4%, se observa una tregua⁶⁷. La contrapartida de esta violencia política popular fue el incremento en represión por parte del régimen cuyas cifras alcanzan en 1983 los 4.500 arrestos anuales, en 1984 sube a 5.300 detenciones y, por último, 7.000 en 1986⁶⁸.

Detrás de las líneas de fuego, retirados del descontento y despertar social, Jaime Guzmán y compañía perpetuaron la “obra” del régimen mediante la Constitución de 1980. El mismo Guzmán, ya en 1975, decía que

(...) nadie que lea el texto de la Constitución de 1925 (incluso con las reformas expresas que se le han hecho hasta la fecha), y que lo confronte con la realidad político-social imperante, puede adquirir un verdadero convencimiento de que aquélla está vigente, por mucho que se diga que ello es sin perjuicio de las otras reformas que la Junta de Gobierno le haya introducido en el ejercicio de su Potestad Constituyente. La Constitución de 1925 está muerta en la realidad práctica y, lo que es aún más importante, en la mente del pueblo chileno. Se gana, pues, en

⁶⁵ TIRONI, Eugenio. Op cit.

⁶⁶ El drama de los detenidos desaparecidos se ha dado a conocer mediante numerosas publicaciones entre las cuales destacan las de la Vicaría de la Solidaridad. Luego vino la serie *¿Dónde están?* 7 tomos publicado por el Arzobispado de Santiago en conjunto con la Vicaría de la Solidaridad en 1978. Otros textos sobre el tema son, GÓMEZ, León. *Tras la huella de los desaparecidos*, Santiago, 1990. WEITZEL, Ruby. *El callejón de las viudas*. Santiago, 2001. PACHECO, Máximo. *Lonquén*. Santiago, 1980. A ello debe agregarse las producciones cinematográficas como *No olvidar* de Ignacio Agüero de 1980, *Chile se llama Juan* de Ana María Egaña de 1990 y *Fernando ha vuelto* de Silvio Caoizzi de 1998. La voz oficial se constituyó con el *Informe Rettig* entregado al país por el Presidente Aylwin a principios de la década del 90.

⁶⁷ SALAZAR, Gabriel. *Violencia Política Popular en las ‘Grandes Alamedas’*. 1947-1987. Santiago, 1990.

⁶⁸ JOCELYN-HOLT, Alfredo. Op cit. 1997.

*realismo si se la substituye por un conjunto renovado de Actas Constitucionales, en vez de dejarla vivir para exhibir únicamente los “colgajos” a lo que los hechos históricos la han reducido*⁶⁹.

Conviene preguntarnos acerca de la legitimidad de estas acciones. Un argumento diría que la Junta se había arrogado el Poder Constituyente arrebatándolo de las manos del pueblo. Sin embargo⁷⁰, el pueblo no es un dato natural. No es posible, en este tipo de quiebres institucionales, identificar quién actúa a nombre del pueblo y quién no. Así, para quienes simpatizan con la *dictadura* de Pinochet, la Junta era la representación del pueblo que se había levantado contra la crisis que propició el gobierno de Salvador Allende. Un simpatizante del gobierno militar sostiene, aún el año 2006, que

*(...) los chilenos no tuvimos que sufrir 33 años de opresión, extrema pobreza e indignidad, gracias a que en 1973 el gobierno presidido por el general don Augusto Pinochet Ugarte asumió la responsabilidad de enmendar los errores del pasado y proyectar a Chile como un país libre y moderno, permitiendo que cada uno de sus habitantes pudiera desarrollar sus habilidades en beneficio propio, de su familia y de su patria*⁷¹.

Otros dirán que la *tiranía* se tomó un poder que no tenía. Así, el profesor Renato Cristi nos dice que

*(...) esto determina que la legitimidad de la Constitución chilena del 80, por lo menos hasta 1988, no esté fundada en el Poder Constituyente del pueblo, sino en el poder monocrático de la Junta Militar*⁷².

Independiente de la visión que se tome, se forjó un nuevo orden que tiene como eje central las ideas protectoras de una forma de democracia protegida en que “los valores de la sociedad” no están a la disposición de la voluntad de los votantes “de un día”. Si ésta fallase, siempre existirán los “garantes de la institucionalidad” para reestablecer el “orden” y enmendar el rumbo perdido por la nación. Esto es parte también del doble cerrojo que contempló la Constitución al hacer políticamente inviable su reforma en los capítulos relevantes. Esto implica una gran transformación ya que

*(...) nuestra tradición política mezcla facetas republicanas y liberales, pero a partir de la década del 80 ha comenzado a entronizarse una concepción jurídica del liberalismo. Se manifiesta en el énfasis dado a la protección de los derechos individuales que garantiza el capítulo III de la Constitución de 1980. También se manifiesta en el discurso político de funcionarios del régimen, cuando se afirma, por ejemplo, “que las democracias están obligadas a fundar su ética dentro del marco del pluralismo, donde coexisten diversas maneras de concebir la vida buena, correcta y virtuosa”*⁷³.

Con todo, parece evidente que la intención era maniatar, amordazar y encerrar a la sociedad civil, especialmente a la parte más díscola de ésta. Penaban las figuras de Miguel Enríquez, el MIR, el FPMR, Lautaro, etc. Esos mismos fantasmas, tras innumerables enfrentamientos armados, llevaron a que los militares se enfrentaran a un Santiago asediado por un “verdadero cinturón de fuego”⁷⁴. Se

⁶⁹ GUZMÁN, Jaime. *Necesidad y trascendencia de las Actas Constitucionales*. Nota de prensa en El Mercurio, 5 de Octubre de 1975.

⁷⁰ Lo que sigue tiene como referencia los argumentos esgrimidos por el profesor Fernando ATRIA en *La soberanía y lo político. La Constitución como una interpretación*. Revista Derecho y Humanidades N°13, 2007. (Existe, a la vez, registro audiovisual de esta ponencia en el Segundo Congreso de Teoría y Derecho Constitucional).

⁷¹ MARQUEZ DE LA PLATA, Alfonso. *5 Presidentes y el Poder*. Maye, 2006. p. 71.

⁷² CRISTI, Renato. *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Autoridad y Libertad*. Lom, 2000. p. 99.

⁷³ *Ibíd.* p. 193.

⁷⁴ Al respecto ver CAVALLLO, Ascanio. *La Historia Oculta de la Transición*. Santiago, 1998.

pasó, sobre el final de los 80, de un silencio glacial a un ruido ensordecedor que vuelve a despertar de golpe. Se reaccionaba contra la recesión, contra lo tosco del panorama. Se reaccionaba porque el Papa visitaba Chile, porque los políticos de oposición se organizaban y molestaban, pero esa voz que se alzaba desde abajo reaccionaba también contra la frialdad silenciosa del régimen que no permitía abrir esperanzas.

Los militares ya no contaban con el apoyo internacional del que antes habían disfrutado, tampoco podían crear nuevas “metas” que “unieran” a la nación en torno a un proyecto común. Estaban encerrados. Coqueteaban con los civiles desde hacía tiempo, ahora le tocaba a los de oposición. La frustración sería encantada con la *alegría* con motivo de la cual se usó a las masas populares como nunca antes. El plebiscito de 1988 fue un alivio para todos, tanto para aquellos que soñaban con el poder y lo miraban con deseo como para aquellos que querían salir de la primera línea y volver al *silencio*. “Estábamos todos demasiado agotados para ese entonces, demasiado derrotados por nosotros mismos, por nuestra larga y sangrienta historia reciente”. En el fondo, hubo un relevo de poder que los dejó contentos a todos, nadie perdió, fue un empate fraternal y de paso se legitimó la Constitución de 1980. Esa escena, la del triunfo del No en la madrugada del 5 al 6 de Octubre de 1988 recuerda a los últimos momentos del Hitler de Ganz en *La Caída*. Todos los que rodeaban al dictador querían tirar la toalla, negociar una buena salida, todos salvo él. Si se revisan las declaraciones que dieron los demás miembros de la Junta aquel día se verá cierta resignación. Sabían que iban a perder, de hecho, *tenían* que perder. Los civiles del gobierno ya sentían *su obra* culminada. Entregarían *un país ganador*. Se demoraron, pero finalmente entregaron los resultados y convencieron al General de guardar las armas. No habría facultades especiales, la Constitución se respetaría, para eso la habían hecho.

Al resto, por cierto, al “movimiento popular” que fue usado y vuelto a usar para “botar al régimen de facto” se le concedió la fiesta, el jolgorio, la gran piñata que terminaría estando vacía. La *alegría* estaba aún muy lejos de llegar. Ni SI ni NO, más bien fue un “quizás” con el que todos salieron a celebrar, festejar, recorrer las calles, abrazarse y tocar bocinas para luego volver a casa a consumir.

¿Cuántos años tiene un día? 17 diríamos en plazo oficial, pero históricamente, en lo *silencioso*, todavía no queda claro. ¡*Silencio!* No vayamos a perder la cuenta.

III: El Chile de Hoy: Transitando en la medida de lo posible

*Lamentablemente, cierto tiempo de dictadura era necesario.
Patricio Aylwin, El Reencuentro de los demócratas*

¿Qué ha pasado en estos 18 años? Hemos cambiado, no cabe duda, pero, ese cambio no es sino la continuación de un cambio que ya se había diagramado. En los 90 se terminó por dar término a una serie de transformaciones estructurales antes diseñadas. Sobran los análisis acerca de las mutaciones que hemos experimentado sobre nuestros hábitos de consumo, de entretención, en fin, de vida. Religiosamente, año a año, se publican libros acerca de qué etapa estamos enfrentando o cuánto han cambiado los chilenos, todo lo cual se basa en encuestas. Usar las estadísticas es, como reza el dicho, torturar a los números hasta que confiesen alguna tesis en particular. Sobre las encuestas se puede construir cualquier argumentación y llenar páginas de cualquier análisis que, respaldado en gráficos, parezca plausible. No me parece inadecuado que se hagan encuestas, entiendo que se debe conocer qué piensa la *opinión pública*, pero lo triste es que esas preguntas al pasar se terminen transformando en el motor de las políticas públicas o en la base de la canonización de determinada figura pública o ex – Presidente.

Es más, tanta importancia ha cobrado el asunto que el último gobierno se caracterizó por tener un “segundo piso” que se encargaba de la política comunicacional del Presidente y del Gobierno en general. Entre encuestas y políticas públicas basadas en estas, sospecho, hemos dejado caer una cortina de bruma que ha transformado a la política en una mera gerencia de solución de problemas.

¿Cómo era que decía Nietzsche?

Todos hablan de mí cuando por la noche se reúnen en torno al fuego; pero nadie PIENSA en mí. Tal es el nuevo silencio que he descubierto: el murmullo que hacéis a mí alrededor tiene un velo sobre mis pensamientos⁷⁵.

Si de transformaciones se trata, el eje de aquellas está en la forma de vida y, por rebote, en la forma institucional en que nos entendemos. Según dice Villegas,

“ese modus vivendi tradicional, ese pequeño paraíso de provincia, se resquebrajó en los 50, se tambaleó en los 60, se vino abajo en los 70, fue pateado en el suelo en los 80, dejó ya de boquear en los 90 y de él ahora, en los primeros años del siglo XXI, apenas sí van quedando reliquias⁷⁶”.

Lo anterior es muy gráfico. Lo que éramos, lo que fuimos, se fue desgranando poco a poco. La pregunta es si las cosas pudieron ser de otra manera, es decir, si había otra salida al problema que enfrentábamos. La respuesta es obvia, la violencia nunca puede ser la única salida. Pensar que sí lo era es aceptar que habíamos fracasado en la política.

La política, a fin de cuentas, no es más que la forma en que las sociedades se equilibran en una cuerda floja entre dos abismos, por un lado, la violencia y, por otro, un estado de paz perpetua. Como el segundo estado es una utopía -por más que el optimismo nos embriague, la paz total no es posible- en realidad la política no es sino la forma de evitar la guerra. Clausewitz decía que la guerra era la continuación de la política por otros medios, pero, como dice Mires, “la política también es la continuación de la guerra por otros medios⁷⁷”.

La política supone que existan visiones encontradas, pero nuestra forma de entender la *reconciliación* y la *transición* amenazan con destruir la misma actividad política, es más, hay muestras claras de que la política -desde 1990- no se parece en nada a la que tuvimos antes del golpe de Estado. Y es que este consenso mal entendido ya no enfrenta visiones, tan solo *soluciona los problemas de la gente*. Esta especie de gerentes en que se han transformado los políticos ha dañado de tal forma el sistema institucional que los niveles de abstención en las elecciones son altísimos. Valga un ejemplo: de casi 10.000.000 de posibles votantes tan solo depositan su voto 6.800.000, así los Presidentes en Chile son electos, curiosamente, con el 35% del voto favorable de los posibles votantes⁷⁸. Tan fuerte es esta crisis institucional que hemos transformado a los Tribunales de Justicia en los lugares en que discutimos sobre cuestiones políticas. Ya no se utilizan espacios deliberativos para resolver acerca de la venta o no de píldoras (como el Levonogestrel) sino que esas discusiones, auspiciadas por entidades dependientes de partidos políticos, se llevan ante jueces. No sólo se destruye a la política con estas prácticas, se la vacía de contenido, sino que también, como pieza de dominó, se destruye al derecho porque se le diluye en lo que, racionalmente, debieran ser campos políticos⁷⁹. Esta forma política que hemos adoptado amenaza a la democracia porque

⁷⁵ NIETZSCHE, F. Loc. Cit. El destacado es del original.

⁷⁶ VILLEGAS, Fernando. *El Chile que no queremos*. Sudamericana, 2006. pp. 16-17.

⁷⁷ MIRES, Fernando. *Introducción a la política*. LOM, 2004. p. 39.

⁷⁸ Debo esta relación de datos a Alfredo Jocelyn-Holt. Datos electorales en: www.elecciones.gov.cl

⁷⁹ Al respecto ver: ATRIA, Fernando. *El derecho y la contingencia de lo político*. Revista Derecho y Humanidades N° 11, 2005.

(...) una democracia que funcione correctamente exige el vibrante enfrentamiento de las posiciones políticas democráticas. Si esto se omite, existe el peligro de que esta confrontación democrática sea sustituida por una confrontación entre otras formas de identificación colectiva, como sucede en el caso de la política de identidad. Un excesivo énfasis en el consenso, unido al rechazo de la confrontación, conduce a la apatía y al distanciamiento respecto de la participación política. Aún peor, el resultado puede ser la cristalización de las pasiones colectivas en torno a cuestiones que no pueden gestionarse mediante un proceso democrático, y la explosión de los antagonismos puede romper en pedazos los propios fundamentos de la civilidad⁸⁰.

“Transición” supone que vamos desde un lado hacia otro. Estamos transitando, pero ¿hacia donde? Hacia la democracia dirán algunos. Lo que buscamos, según ellos⁸¹, es entroncar con nuestro pasado democrático y dejar atrás la dictadura/tiranía como un lapsus no-democrático. Además, pretendemos “reconciliarnos”, es decir, dejar atrás las diferencias que nos dividieron durante el Gobierno Militar.

La “transición” supone que antes de Pinochet fuimos un país democrático, es decir, el golpe de Estado es una interrupción violenta a un proceso político que se desarrollaba pacíficamente. Así, al menos, lo dice Carlos Huneeus al sostener que el golpe de Estado

(...) representó una ruptura con la evolución política del país, dominada por el conflicto pacífico entre los actores y grupos sociales⁸²

Curioso. Antes del golpe de Estado fuimos pura paz y solución pacífica según este autor. Dónde quedan, entonces, la matanza de los obreros en Santa María de Iquique, la matanza del seguro obrero, el derrocamiento de Alessandri, la “ley maldita”, la persecución de los homosexuales, en fin, nuestra triste tradición violenta. Podemos seguir atrás y preguntarnos por las gestas patrióticas bañadas en sangre del General Baquedano, el suicidio de Balmaceda, el gobierno basado en estados de excepción de Manuel Montt, el saqueo de Lima, las múltiples guerras civiles y un largo etcétera que se remonta tan atrás como el comienzo de nuestra república⁸³.

Nunca fuimos tal cosa que creímos ser. Sucede que lo que pretendemos hacer es *volver* a ser algo que *nunca* fuimos. La transición no puede consistir en entroncar con nuestra tradición, dejar de lado a Pinochet no soluciona nuestra inclinación a la violencia. Por lo demás, transitar de la Junta Militar a la democracia supone que debemos entendernos de manera distinta a cómo se entendía este país en los 80. Al respecto Cristi sugiere que el poder constituyente *volvió* al *pueblo* en 1989, pero, según el mismo autor “esa toma de posesión es parcial”. Volvimos a la democracia directamente, según Cristi y, además, el poder constituyente volvió al pueblo, pero volvió de manera parcial. Lo que nos quiere decir Cristi es que la transición comienza y termina la noche en que el Subsecretario Cardemil declara la derrota del Si, pero ¿cómo puede haber sido parcial esa transición?⁸⁴ De nuevo, *democracia en la medida de lo posible*. La transición bien puede durar menos de lo que algunos creen. Esa transición, como simbolismo político, puede ser tan inmediata como la muerte de los miembros de la Junta Militar, pero

⁸⁰ MOUFFE, Chantal. *La paradoja democrática*. Gedisa, 2003. p. 117. El destacado es mío.

⁸¹ Enumerar la larga lista de autores que hablan de “transición a la democracia” resultaría tedioso. Me remito, como referencia directa, a los discursos de Patricio AYLWIN recogidos en *La transición chilena: discursos escogidos 1990-1992*. Editorial Andrés Bello, 1992.

⁸² Prólogo a la edición en español del libro de Robert BARROS. *La junta Militar, Pinochet y la Constitución de 1980*. Sudamericana, 2005. P. 9.

⁸³ Sobre nuestra “democracia” antes del Golpe de Estado ver: PORTALES, Felipe. *Los Mitos de la Democracia Chilena. Desde la Conquista hasta 1925*. Santiago, 2003. CORREA, Sofía. *La Democracia que tuvimos, la Democracia que no fue*. Universidad de Chile, Revista de Sociología n° 14, 2000.

⁸⁴ En este punto, nuevamente, me remito a la argumentación del profesor Fernando Atria. Ver nota 70.

todavía no ha ocurrido. Muchos autores sostienen que la transición, en el sentido que le damos desde los 90 en adelante, ya se completó. Pienso que ésta ni siquiera ha empezado. Si se revisa el discurso de Chacarillas se verá que ésta etapa, en la que estamos, supuestamente, viviendo, ya estaba diagramada por quienes detentaban el poder por aquél entonces. No hemos hecho otra cosa que seguir los planes dispuestos por la Junta. Ellos *restauraron*, ahora *transitamos* para poder *consolidar*:

*El proceso concebido en forma gradual contempla tres etapas: la de recuperación, la de transición y la de normalidad o consolidación. Dichas etapas se diferencian por el diverso papel que en ellas corresponde a las Fuerzas Armadas y de Orden, por un lado, y a la civilidad, por el otro*⁸⁵.

La pregunta es evidente, ¿cómo podemos transitar a la democracia sin que eso signifique que estamos transitando en el sentido de Chacarillas? La respuesta es menos evidente. Tiene que ver con el sentido político que se da a las etapas, pero qué sentido político podemos darle a esta etapa si la forma de democracia que adoptamos ha llevado a que la política deje de ser política. Si verdaderamente transitamos la *transición* nunca debió ser un proceso. La transición debió ser una bisagra, inmediata (ahí acierta Cristi) que se constituye como tal porque convenimos en que ese será su significado político, pero estamos entrampados en saber, con claridad, para dónde vamos. La transición se ha usado como una excusa para la medida de lo posible. Para hacer presentable que durante varios años se conviviera con ejercicios de enlace, boinazos, razones de Estado y repatriaciones de Pinochet se esgrimió, como justificación, que estábamos transitando. Y eso porque había limitaciones fácticas a que la transición fuera, realmente, lo que debió haber sido. Esto no es un ejercicio inútil porque si no hay claridad respecto a la transición y sus efectos no podremos nunca tener claridad acerca del momento en que vivimos. Y los únicos que podemos decidirlo, de nuevo, somos nosotros a través de la política. Asegurar que lo que pasó no volverá a pasar es imposible, sólo podemos estar lo suficientemente comprometidos con nuestro sistema institucional para que ninguno de sus miembros vuelva a atentar contra él, pero ese compromiso es superficial si entendemos que la política es una forma de solución de problemas porque, en algún momento, puede ser que otra forma de gobierno, incluso otra dictadura/tiranía, nos ofrezca mejores soluciones.

Reconciliarse es otra meta difusa. Nuestra historia nacional está plagada de reconciliaciones⁸⁶. La que se viene fraguando desde 1990 tiene características particulares porque se ha basado en la idea del perdón que, como dice Enríquez-Ominami

*(...) es un concepto subrayado en Chile por el catolicismo y es de los más despreciables, supone un acto declamativo que no tiene su correlato factual: se puede pedir perdón o perdonar, es cierto, pero a mí me gustaría más ver a los involucrados en el Golpe, los que se enriquecieron, los que asesinaron, los que fueron cómplices, pagar para reparar lo que hicieron*⁸⁷.

El perdón no sirve en estos contextos. De lo que dice Enríquez-Ominami brota que la conformidad nunca será total. El problema no es particular, lo que no implica que no sea un drama que cada familia o cada persona tenga que asumir los hechos, sino que tiene que ver con cómo lo entendemos como sociedad, como forma de entendernos a nosotros mismos. Curiosamente, Pinochet tenía algo de razón cuando decía

⁸⁵Extracto del *Discurso de Chacarillas* de 1977.

Disponible en www.bicentenariochile.cl/doctos/Chacarillas77.pdf. Última visita 11 de Junio de 2006.

⁸⁶ En Chile ya se hablaba de reconciliación política ¡en 1814! Al respecto ver LIRA, Elizabeth y LOVEMAN, Brian. *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1824-1932*. Lom-Dibam, 2001.

⁸⁷ ENRÍQUEZ-OMINAMI, Marco y OMINAMI, Carlos. Op. Cit. p.47.

¿Quiere que le diga como se hace la paz y la reconciliación? ¿Sabe cómo se apagan las hogueras? Nunca se apagan por parte. Se toma un balde de agua fría, se les echa encima y se acabó todo. Si usted deja llamitas chicas, se vuelve a encender la hoguera. ¡Así se apagan las hogueras!⁸⁸

Las hogueras se apagan de una sola vez. No se trata de que triunfe el olvido. El olvido en este tipo de cosas no es una opción, se trata de que asumamos y que decidamos. Hay cosas, sin embargo, que nunca se reconciliarán, el tiempo, solamente, podrá cerrar las heridas que no pueden cerrarse de otra forma. Todo lo que podemos hacer es comprometernos profundamente a que no habrá

¡Nunca más odio fratricida! ¡Nunca más violencia entre hermanos!⁸⁹

Nuestras ineficaces soluciones a estas hogueras imposibles de apagar contrastan con la eficacia que hemos tenido en otros aspectos. Aquellos que en la crisis institucional de 1973 sostenían un discurso extremista hoy se han “reformado” y han conducido al país, siguiendo el modelo económico de los Chicago Boys, a un fuerte crecimiento económico y a un fortalecimiento de la infraestructura pública donde destacan la cantidad de carreteras. Resulta que hay personajes que, “reformándose”, parecen haber renunciado a sus creencias anteriores y hoy asumen, orgullosos, el modelo neoliberal. Resulta que

(...) hay políticos que tienen la flexibilidad suficiente para defender alternativamente casi cualquier punto de vista y se doblegan dócilmente ante la fascinación de estar al medio del escenario sin que les importe el libreto o el contenido de la obra que están interpretando⁹⁰.

Contradictoriamente, estamos llenos de carreteras, pero en una profunda crisis educacional. Repletos de dólares cupríferos, pero con la Universidad de Chile en precarias condiciones económicas. Este mismo modelo económico que ha transformado este país de ser una pequeña comuna rural a una urbe semi-norteamericana ha producido, conjuntamente, que tengamos niveles de desigualdad similares a los de países como Swazilandia -y que esos niveles de desigualdad se estén perpetuando con el modelo educacional que se impuso durante los últimos días de Pinochet y que ha permanecido inmutable en sus principios rectores hasta hoy- y que nos presentemos al mundo como una potencia en *vías de desarrollo* (sea lo que sea que ello signifique). De no solucionar ese tipo de conflictos podemos volver a tener una crisis de proporciones y volver, cíclicamente, a pensar en reconciliarnos.

Se escucha en Chile la “reconciliación” desde comienzos de la República, y, al parecer, nunca se ha conseguido del todo. Pienso que algo nos ha faltado. En 1925 Vicente Huidobro decía que

(...) necesitamos lo que nunca hemos tenido, un alma. Basta repasar nuestra historia. Necesitamos un alma y un ariete, diré, parafraseando al poeta ibero. Un ariete para destruir y un alma para construir⁹¹.

Un alma. Necesitamos un alma dice Huidobro y lo dice hace más de 80 años. Lo que subyace es que necesitamos saber *quiénes somos* a fin de poder saber hacia dónde vamos. La poesía de Huidobro lo dice de manera críptica, pero hacia allá va. Necesitamos saber *quiénes somos* para poder construir y

⁸⁸ CORREA, Raquel y SUBERCASEAUX, Elizabeth. *Ego Sum Pinochet*. Santiago, 1989. pp.125-126.

⁸⁹ AYLWIN, Patricio. Discurso en el Estadio Nacional, 12 de Marzo de 1990. Reproducido en: *La transición chilena: discursos escogidos 1990-1992*. Editorial Andrés Bello, 1992.

⁹⁰ ALLAMAND, Andrés. *La Travesía del Desierto*. Santiago, 2000. P. 548.

⁹¹ HUIDOBRO, Vicente. *Balace Patriótico*. Reproducido en GÓNGORA, Mario. *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX Y XX*. Octava edición, Santiago, 2003. pp. 309 y ss.

un ariete para poder destruir. Arietes no nos han faltado, pero un alma no es algo que esté a la venta como nuestros commodities.

Saber quiénes somos, nuestra alma, debe ser el fin de la transición y el *balde de agua fría* que apague las brasas del olvido. Querer recuperar nuestra supuesta tradición democrática o republicana es cegarse ante nuestra propia historia. Nunca hemos sido tal cosa que hemos creído ser. Siempre nos ha faltado algo. Siempre ha sido en la medida de lo posible.

IV: Conclusión: La manera de encontrarnos

El odio de los hombres pasará, y los dictadores morirán, y el poder que arrebataron al pueblo volverá al pueblo. Y mientras los hombres mueren, la libertad no perecerá jamás
Charles Chaplin

El sentido de la política es la libertad.
Hannah Arendt

¿Cuándo dejamos de ser lo que nunca fuimos? Esa versión del nosotros antiguo, del que convivía en un Chile tradicional colapsó y lo hizo estrepitosamente. Allende, por cierto, fue el encargado de las palabras finales. Como una gran tragedia, mientras nos enterrábamos los cuchillos en el pecho y la sangre manchaba los uniformes, el último de esos republicanos relató nuestro clímax. La izquierda no logró ganar la batalla que ellos mismos, o al menos algunas de sus facciones, habían buscado. Coquetearon con los militares, pero resultaron perdiendo. No ganaron, pero se dieron el gusto de cerrar la puerta y apagar la luz.

Allende tenía razón. Efectivamente ellos *tenían la fuerza y podían avasallarnos*. Sigue teniendo razón cuando dice que la historia *es nuestra*, al menos si interpretamos el *nuestra* como algo que le pertenece a toda la comunidad política o a toda esa comunidad política, la de entonces. Pero Allende se apresura cuando dice que *la historia la hacen los pueblos*. La historia no la hacen los pueblos. Para bien o para mal la historia la hacen las elites, las clases dirigentes (incluidas las clases dirigentes de izquierda), es decir, aquellos que están ocupados, justamente, de hacer la historia. Y son, precisamente, aquellos que han hecho la historia reciente los que desmienten a Allende: *la traición terminó imponiéndose*. Unos proponían la lucha armada, otros llamaban a *crear, crear, poder popular* y terminaron en gobiernos que de lucha armada tuvieron poco y que, si bien alcanzaron mucho poder - más del que alguna vez imaginaron crear- se cortaron el pelo, guardaron los fusiles (si es que alguna vez los tuvieron) y emplearon todo ese poder para ellos, para hacerse *lobby*, valga la paradoja, y maquillarse de nuevo según sea la necesidad.

Si bien no fuimos democráticos, al menos no con el sentido que hoy se le da al término, ni menos autoritarios de lo que hemos sido recientemente, entre O'Higgins y Allende fuimos una misma cosa, o al menos varias cosas que se parecían entre sí. A lo que voy es que hay un país entre 1818 y 1973 y hay otro país, completamente distinto, desde el sobrevuelo de los Hawker Hunter. Por eso he

querido detenerme en la idea de *las grandes alamedas* con que Allende cierra esa forma de vida republicana. Aparte de un extraordinario contenido poético, las grandes alamedas no sólo le pertenecen a la izquierda que aún llora a la Unidad Popular, viste camisetas del Ché y habla de “luchas” constantemente. Las grandes alamedas también pueden ser interpretadas como un llamado a soltar las trabas, a levantar los muros fácticos y abrir, de par en par, las avenidas que permitan construir una sociedad civil⁹² capaz de limitar, verdaderamente, el poder estatal. En ese, y en muchos otros sentidos, el republicanismo en Chile fracasó, pero no está condenado a fracasar por siempre.

Todavía hay quienes sostienen que en Chile, más o menos, cada 10 años, hay un terremoto. Por analogía otros, o a veces los mismos, dicen que cada 40 años tenemos un golpe de Estado. Estaríamos condenados, según ellos, a vivir entre terremotos y golpes de Estado. Se nos mueve el piso y todo lo demás bastante seguido según estas creencias. Ahí está el mito, del otro lado está la historia. No quiero decir que la historia sirva para no repetir los errores del pasado, aunque los libros escolares lo repitan estruendosamente. Es más, el pasado, como tal, no es más que una construcción: cada sociedad, según como se piensa a sí misma, tiene un pasado distinto. No existe el pasado y, a la vez, formas de interpretarlo, el pasado *es* una interpretación, una entre varias posibles. Así, para algunos el pasado en Chile fue el colapso de una aventura socialista que requirió la intervención militar que “salvó” al país, pero para otros el golpe de Estado no fue sino la manifestación del poco compromiso institucional de un sector político que perdió el apego a la Constitución y atentó contra un gobierno democráticamente elegido que representaba los deseos de los sectores más desposeídos de la sociedad.

La historia, de nuevo, está en la vereda contraria a la que está el mito. La historia supone libertad, es decir, que no estemos condenados, a priori, a un resultado pre escrito. De ahí que es fundamental recuperar ese tipo de sentido, de forma de concebirnos a nosotros mismos. ¿Qué ganamos volviendo a la historia? ¿Cómo volvemos a la historia? La respuesta, pienso, es la misma. Si nos pensamos en términos históricos miraremos el pasado de otra forma, será otro pasado y nosotros, consecuentemente, no seremos los mismos. Esta comunidad política, la de hoy, la que todos compartimos, necesita encontrarse a sí misma un sentido y ese sentido está en las últimas palabras de Allende, en los Hawker Hunter, en los torturados, en los asesinatos, en los toques de queda, en el Sí, en el No, en la explosión económica, en la desigualdad, en fin, en todo eso que está tan fresco. Todo ese cuadro recién pintado, toda esa pintura recién lanzada puede ser útil para encontrarnos, para encontrar la manera de encontrarnos, y esa manera es re – constituirnos. Todo ese ruido que trae la “transición” y la “reconciliación” no es fructífero si no nos sirve para reformularnos nuestras propias concepciones.

La manera de encontrarnos, de unir este puzzle que es nuestra historia reciente, radica en asumir la dictadura, o la tiranía, y todo lo que la rodeó, antes y después, como un hito re–fundacional, re–constitutivo del cual emane un nuevo “nosotros”⁹³. Como nos dice el profesor Fernando Atria,

*(...) es este vínculo entre reconciliación y re-constitución, en que la reconciliación es el descubrimiento de un nuevo significado para lo político constituido por “nosotros”, lo que una amnistía siguiendo al modelo sudafricano sirve. Porque como las cosas políticas en general, la reconciliación es contingente: no hay garantía de que ella será posible*⁹⁴.

⁹² Sobre la evolución de la sociedad civil en Chile ya he dicho algo en el artículo *La Sociedad Civil y el peso de la noche* que fue presentado en el marco del Segundo Congreso de Teoría y Derecho Constitucional realizado en Agosto de 2005 en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

⁹³ El argumento ha sido lúcidamente desarrollado en ATRIA, Fernando. *La hora del derecho: los ‘derechos humanos’ entre la política y el derecho*. Revista de Estudios Públicos n° 79, invierno 2003. (El destacado es del original).

⁹⁴ *Ibid.* pp. 85.

Este transitar, entonces, debe ser a través de la política. Ese camino es un camino político. Si tenemos una clase política que no se sienta tendiente o predestinada al fracaso y al colapso podremos entonces asumir, con libertad, nuestro destino. Porque, *como las cosas políticas en general*, estas requieren que quienes participan de ellas tengan esperanza en sus resultados. No se puede partir desde el pesimismo. Si esos que hacen la historia, los que toman las decisiones, no dejan de estar atemorizados por no caer de nuevo en el abismo no podremos nunca superar los fantasmas de naufragios anteriores y seguiremos llorando por las heridas que no logramos cerrar.

Ese nosotros, la forma en que nos definamos a partir de lo que ha pasado, necesariamente tendrá que traer, o vendrá con, un hito constituyente. Algo de eso sospechaba, intuyo, Ricardo Lagos cuando estampó su firma en el texto refundido de la Constitución de 1980 con las reformas del 2005. La obsesión por pasar a la historia, o quedar en la historia, lo llevó a tocar leve y tangencialmente la respuesta a las preguntas que hemos venido haciendo. Sin embargo, la supuesta transición no se cierra cambiando la firma de la Constitución ni sacando los “enclaves autoritarios” del texto. Tampoco nos reconciliamos con abrazos entre torturadores y torturados ni con encuentros entre abogados de derechos humanos y militares. El problema va más allá de un simple conflicto particular, tiene que ver con nuestra forma de entender lo que pasó. De ahí que lo que diga la Constitución no sea tan importante como la forma en que ésta se generó, es decir, si realmente podemos sentirnos creadores, todos, de nuestros principios fundacionales.

Esta revisión se ha valido de la historiografía reciente para, desde ella, elaborar nuevas tesis y líneas argumentativas con miras a entender lo que ha pasado en base a cómo se ha entendido lo que pasó. Hay análisis particulares que me parecen extremadamente útiles, pero que no terminan por dar señales claras para lo que viene, o debiera venir. No estoy de acuerdo en que la *perplejidad* sea un camino. Puede que sea un medio para meditar y reflexionar, pero de tan *perplejos* podemos terminar estancados, inmóviles, empantanados, en fin, perder la libertad que supone la política y la historia. Creo que aquello también se debe a una cuestión generacional. Para esa generación que vivió entre toques de queda la perplejidad sí era una opción válida, incluso, diría, era la mejor opción. Mirar desde fuera y observar, perplejamente, lo que ocurría.

Detrás de eso, intuyo, hay un sentimiento de culpa, de *no vayamos a embarrarla de nuevo*. La generación desde la que escribo nació en medio de la dictadura, pero no la vivió como tal. Vinimos a tomar conciencia cuando ya muchas cosas estaban *concertadas* y otras, aún, *des-concertadas*. Pese a ello, tenemos la mochila de los relatos, de las tragedias familiares, de los juicios televisivos, de un anciano que dicen fue un omnipotente dictador, de los memoriales, de *los compañeros caídos*, etc. Somos la resaca de toda esa gran tragedia y mantenernos *perplejos* no nos viene. Mirar desde afuera no es una opción en nuestro caso. No hay suficientes razones para marginarnos. Los universitarios, para bien o para mal, tendremos que salir de este juego de marchas, cánticos y lienzos que en el fondo no dicen nada, que repiten palabras vacías. Seguir en esa relación bipolar con la política termina dañándola exponencialmente y no solamente ir a votar, que es accesorio, sino, principalmente, a ver en la política una herramienta para posibilitar la libertad, para fiscalizar, para limitar el poder, para escudriñar y molestar. Pero de nada sirve hacerlo un rato desde alguna posición cómoda que permita abrir el ventilador algunos años y luego trepar por los escalafones partidarios hasta conseguir un puesto en la administración. No es reprochable el pretender conseguir esos cargos, pero no pueden seguir siendo a costa de traiciones y auto-traiciones de las cuales nuestra historia reciente está plagada. Valga la perplejidad en esos casos.

Decía que hablo desde la generación de la resaca. También he hablado desde un lugar político que hoy no existe. Me refiero a una derecha comprometida con los valores y principios republicanos. A una derecha que comience a hacer política fuera de los templos y no desde dentro (lo mismo corre para los cuarteles) y que sea capaz de levantar un proyecto propio que, por cierto, se distancie definitivamente de los años 80. Esa distancia no debe estar marcada solamente por el ascenso de figuras sin

un pasado dictatorial, sino también de asumir las deficiencias de un modelo económico que, cada vez más, estira los índices de desigualdad. El republicanismo -al menos el tipo de republicanismo que me interesa- fracasó, decía antes, pero no está condenado a fracasar por siempre. No podemos seguir con ese miedo a la política, al debate, y a disentir. Sospecho que por ahí va la razón del por qué no se ha avanzado, o no se ha regresado, a un sistema parlamentarista. Todavía está la sensación de *manejarse con calma, no precipitarse, cuidar lo que hemos construido*, y un largo etcétera que se resume en el temor. Tanto le tememos a otros abismos que mantenemos todo intacto, desde el sistema electoral hasta las potestades presidenciales. Se tranza, pero no se avanza. Somos una contradicción, un Si y un No. Un quizás.

Tengamos, al menos, el coraje de tener ilusiones y confiar en *Chile y en su destino*. Volvamos a ser lo que nunca fuimos. Pensemos en la historia, en nuestra historia. Encontremos la manera de encontrarnos. Confiemos en la política. Volvamos a creer en la libertad.

Bibliografía

- ALLAMAND, Andrés. *La Travesía del Desierto*. Santiago, 2000.
- ANGELL, Alan. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. Santiago, 1974.
- ATRIA, Fernando. *El derecho y la contingencia de lo político*. Revista Derecho y Humanidades N° 11, 2005.
- _____. *La soberanía y lo político. La Constitución como una interpretación*. Revista Derecho y Humanidades N°13, 2007.
- AYLWIN, Patricio. *La transición chilena: discursos escogidos 1990-1992*. Editorial Andrés Bello, 1992.
- BARROS, Robert. *La junta Militar, Pinochet y la Constitución de 1980*. Sudamericana, 2005.
- BOBBIO, Norberto. *Derecha e Izquierda*. Traducido por A. Picote. Madrid, 1996.
- CAVALLO, Ascanio. *La Historia Oculta de la Transición*. Santiago, 1998
- CORREA, Raquel y SUBERCASEAUX, Elizabeth. *Ego Sum Pinochet*. Santiago, 1989.
- CORREA, Sofía. *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago, 2005.
- _____. et al. *Historia del siglo XX*. Santiago, 2001.
- _____. *La Democracia que tuvimos, la Democracia que no fue*. Universidad de Chile, Revista de Sociología n° 14, 2000.
- CRISTI, Renato. *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Autoridad y Libertad*. LOM, 2000.
- CRUZ-COKE, Ricardo. *Historia electoral de Chile*. Santiago, 1984.
- ENRIQUEZ-OMINAMI, Marco y OMINAMI, Carlos. *Animales Políticos*. Santiago, 2004.
- GARRETÓN, Manuel Antonio y MOULIAN, Tomás. *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*. Santiago, 1993.
- GÓMEZ, León. *Tras la huella de los desaparecidos*, Santiago, 1990.
- GÓNGORA, Mario. *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX Y XX*. Octava edición, Santiago, 2003.
- JOCELYN-HOLT, Alfredo. *El Chile perplejo: del avanzar sin tranzar al tranzar sin parar*. Santiago, 1997.
- _____. *Historia general de Chile. El retorno de los dioses*. Santiago, 2004.
- LAVIN, Joaquín. *La Revolución Silenciosa*, Zig-Zag, 1987.

- LIRA, Elizabeth y LOVEMAN, Brian. *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1824-1932*. Lom-Dibam, 2001.
- MOULIAN, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. Lom, 1997.
- _____ *La forja de las ilusiones: el sistema de partidos 1932-1973*. Santiago, 1993.
- MARQUEZ DE LA PLATA, Alfonso. *5 Presidentes y el Poder*. Maye, 2006.
- MIRES, Fernando. *Introducción a la política*. LOM, 2004.
- MOUFFE, Chantal. *La paradoja democrática*. Gedisa, 2003.
- NIETZSCHE, F. *Más allá del bien y el mal*. Biblioteca de los Grandes Pensadores. EDAF, Barcelona, 2000.
- PACHECO, Máximo. *Lonquén*. Santiago, 1980.
- PIZARRO, Crisóstomo. *La huelga obrera en Chile. 1890-1970*. Santiago, 1986.
- POLITZER, Patricia. *Miedo en Chile*. Santiago, 1985.
- PORTALES, Felipe. *Los Mitos de la Democracia Chilena. Desde la Conquista hasta 1925*. Santiago, 2003.
- SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. *Historia contemporánea de Chile*. Tomo I: Estado, Legitimidad, Ciudadanía. Santiago, 1999.
- SALAZAR, Gabriel. *Historia de la acumulación capitalista en Chile*. Santiago, 2003.
- _____ *Violencia Política Popular en las 'Grandes Alamedas'. 1947-1987*. Santiago, 1990.
- TIRONI, Eugenio. *Los silencios de la revolución*. Santiago, 1988.
- VILLEGAS, Fernando. *El Chile que no queremos*. Sudamericana, 2006.
- WEITZEL, Ruby. *El callejón de las viudas*. Santiago, 2001..